

oposición, aunque fuese radical, comprometida con los intereses nacionales, y aceptando públicamente las bases de nuestra convivencia?” “¿No demuestra la experiencia de otros países que la legalización y concurrencia electoral de los grupos políticos ha sido el procedimiento más eficaz para evitar la toma del poder por partidos totalitarios?” (El País, 4-5-1977)

A este llamamiento de Adolfo Suárez le responde el eco de José Díaz-Carrillo-PCE-PCPE-PCC-etc.: *“Respeto al pequeño industrial y al pequeño comerciante”, “Lo mismo decimos de los bienes de los extranjeros. Sus vidas y haciendas deben estar garantizadas.”, “arrimar el hombro”, “consolidar la democracia”, “una alianza con la burguesía”, “hemos defendido los pactos de la Moncloa más que el mismo gobierno”, “supremacía del Parlamento”, “modernización de todas las fuerzas armadas”, “desarrollo de una tecnología y una industria militar nacionales”, “remuneración del personal militar en condiciones”, “la defensa de los intereses nacionales”, “alianza con el campesinado y la pequeña y mediana burguesía urbana y rural”, “respetamos el orden constitucional y no cuestionamos la monarquía de Don Juan Carlos”, “ayudar a los pequeños y medianos empresarios”, “se ha aceptado*

como la mejor posible la actual Constitución española”, etc. etc.

Y frente a todos ellos, la posición del marxismo intransigente revolucionario: *“en todos los países imperialistas, el proletariado debe desear la derrota de su propio gobierno”, “Los obreros no tienen patria, no se les puede arrebatar los que no poseen”, “El pacifismo y la propaganda abstracta por la paz son algunas de las formas de engañar a la clase obrera”, “Nuestra consigna debe ser: armar al proletariado para vencer, expropiar y desarmar a la burguesía”, “La tarea del proletariado consiste en romper la maquinaria gubernamental de la burguesía, en destruirla, incluidas las instituciones parlamentarias, ya sea las de las repúblicas o las de las monarquías constitucionales”, “¡abolición del trabajo asalariado!”.*

La función de los marxistas integrales es la de proponer tenazmente las tesis clásicas del comunismo, del marxismo intransigente, ayudando a los elementos más conscientes de la clase obrera a desenmascarar a los falsos “marxistas-leninistas” y a desenmascarar las maniobras electoralistas, propagando las ideas del comunismo en las ocasiones que se presenten.

ACTIVISMO (Pequeño diccionario de los clavos revisionistas)

(De Battaglia Comunista, nº 6–1952)

No puede considerarse un «clavo», o sea, una idea fija, una manía delirante, porque de hecho no se trata de una concepción doctrinal, de una posición teórica fundada de cualquier modo sobre una determinada consideración de la realidad social. De hecho, presupone la ausencia y el desprecio soberano por el trabajo teórico, bastándole cualquier formulilla táctica y la experiencia de la maniobra política, el empirismo agnóstico, la rutina de la organización y la jerga de la terminología. El activismo no es pues un «clavo», sino el terreno de cultivo de todos los «clavos» y manías que afligen continuamente al movimiento obrero. Pero las oleadas epidémicas de activismo, no vienen por casualidad.

Se puede afirmar que la teoría marxista se ha formado en una continua e incesante lucha crítica contra las infatuaciones activistas, que luego son las manifestaciones sensibles del modo de pensar idealista. Las épocas en las que el fenómeno alcanzaba el acmé estaban invariablemente marcadas por el triunfo de la contrarrevolución. Tenemos como testimonio un pasaje de Engels, sacado del artículo «Programa de los **Blanquistas prófugos de la Comuna**», publicado en el «Volkstaat» en 1874.

Se dice textualmente:

«Después de toda revolución fracasada o toda contrarrevolución, se desarrolla entre los prófugos salvados en el extranjero una actividad febril. Las distintas gradaciones de los partidos se reagrupan, se acusan de haber conducido el carro al fango, se culpan los unos a los

otros de traición y de todos los pecados mortales posibles. Así se permanece en estrecha conexión con la patria, se organiza, se conspira, se imprimen octavillas y periódicos, se jura que en veinticuatro horas se volverá a empezar, que la victoria es segura y ya se distribuyen los centros gubernamentales en espera de obtenerlos. Naturalmente, los desengaños suceden a los desengaños y, ya que estos no se quieren inscribir en las condiciones históricas ineluctables, que no se quieren comprender, más que para los errores fortuitos de los individuos, así se acumulan las acusaciones recíprocas y todo acaba en una reyerta general».

Sustituid las circunstancias de la época pos-Comuna, sucesiva a una tremenda y devastadora derrota del movimiento revolucionario, con las análogas de un período cualquiera de reflujo del movimiento y de victoria totalitaria de la reacción capitalista; sustituid a los prófugos, blanquistas de la Comuna puestos a salvo en el extranjero con cualquier grupo de acalorados, obstinadamente decididos a no aceptar las «**condiciones históricas ineluctables**», de las que habla Engels, y veréis que la caracterización realista del activismo año 1874, es perfectamente aplicable, pongamos, al año 1926 o al año 1952.

El año 1926 selló la victoria del activismo de frentes de unidad, de fusionismo, de bloques interclasistas en función antifascista, contra el «**sectarismo dogmático y el inmovilismo**» de la Izquierda Italiana. Sucedió a los «**prófugos**» de la fallida revolución en

Alemania, de la ausencia de la ofensiva de clase contra el fascismo mussoliniano de la derrota revolucionaria en Hungría, etc.; lo que les sucedió a los «**prófugos blanquistas**» de la Comuna de 1871. No se quiso comprender, que si las «**condiciones históricas ineluctables**» de la reanudación de la burguesía y de la derrota de la revolución a escala mundial alejaban el estallido del sucesivo conflicto de clase, no se podía acelerar esto con nuevas e inopinadas piruetas tácticas, que topaban contrastantemente con los principios. Entonces se gritó, en la estalinizada Tercera Internacional, que la Izquierda Comunista disimulaba bajo la fidelidad inderrumbable a los principios, la teorización de la inmovilidad, de la inacción política, de la paleontología política.

Escuchad lo que el relator Bujarin, en el momento de la discusión del punto 1º del orden del día del Ejecutivo Ampliado de la Internacional Comunista (25 de febrero de 1926), decía: «*Existen dos métodos, como fondo diferente, de lucha por la perspectiva revolucionaria. El Primero es el método marxista: éste, consiste (¡escuchad, escuchad!) en adaptar a la realidad concreta nuestra lucha por la perspectiva revolucionaria, tomando la realidad tal cual es, incluso si es desfavorable. El otro método es el de Bordiga, el cual hace abstracción completamente de la situación y se contenta con afirmar que nosotros somos revolucionarios y que debemos combatir por la revolución. En cuanto al análisis marxista de la situación objetiva y a la táctica que brota de él, éste está en Bordiga completamente ausente. No es un caso fortuito si en su largo discurso no hemos oído una sola palabra sobre los indicios específicos de la situación actual. Esto de hecho no le importa, porque él considera todo desde un punto de vista general y abstractamente revolucionario y se contenta con conjugar el verbo "hacer la revolución". Es inútil decir que éste método conduce a vulgarizar nuestra táctica, lo que no tiene nada de marxista*».

¿Hace falta el comentario? Cada uno de nosotros sabe que no por casualidad la táctica preconizada por el activista Bujarin, en aquella época aliado de Stalin, debía conducir donde ha conducido, es decir, primero al pacto ruso-alemán, después a las Conferencias de Yalta y Potsdam, a los Comités de Liberación Nacional, al Tripartito, a la Conferencia Económica de Moscú, acontecimientos que el fiero opositor de la Izquierda Italiana no pudo ver porque fue fusilado piadosamente con anterioridad por los activistas de Stalin. La táctica «**adaptada a la realidad concreta**» debía conducir, nada menos, a la Tercera Internacional Comunista a acabar en «**reyerta general**» como decía Engels en referencia a los Bujarin de 1874. ¡Pero como compensación se tenía la victoria completa del activismo, que hoy obtiene grandes éxitos en las campañas por la paz y por la defensa de la Constitución burguesa!

Ahora nos ocupamos del año 1952. ¿Qué hacen los «**prófugos**» de la III Internacional? Hemos visto el trabajo revolucionario «**concreto**» de los partidarios de la paz, con relativo y variopinto cortejo electoral. Pero ellos no agotan el campo de activismo que salió triunfante de la lucha contra el «**inmovilismo dogmático**» de la Izquierda Comunista. ¿Queréis que nombremos uno a uno a los varios grupos que de él forman parte? Diremos uno, para entendernos: «**Socialisme ou Barbarie**», representante del vitalísimo, enérgico, dinámico, modernizado activismo francés. Pero está claro que aludimos a todos los otros movimientos similares en Francia y fuera, al que el presente pequeño diccionario está dedicado.

Somos acusados eternamente de hacer «**abstracción de la situación**», lo mismo que decía Bujarin. Pues bien, observemos un momento esta famosa situación. He aquí como se presenta, el mundo burgués,

año en curso: la clase dominante ha conseguido, maniobrando las palancas del oportunismo, aplastar hasta la médula el movimiento revolucionario, en una maldita guerra que debía concluir el proceso de involución contrarrevolucionaria de los partidos obreros. Una máquina estatal de proporciones y de capacidades represivas inauditas mantiene encadenadas a las masas a la explotación, peor que el torno al cuerpo del condenado al suplicio. La confusión caótica y los sufrimientos de las masas son tales y tantos que la clase obrera está transformada en un tronco sangrante que se mueve inconscientemente: su cerebro está oscurecido e intoxicado, su sensibilidad narcotizada, los ojos no ven, las manos se retuercen sobre sí mismas. En el lugar de la lucha de clase, existe el horripilante estrago de la lucha intestina, propia de naufragos en la balsa de salvamento a merced de las olas. En las fábricas, y no es cosa nueva en la historia, impera el espionaje, la delación, el rencor, la venganza mezquina y pícara, el oportunismo más estúpido y bestial, la prepotencia, el abuso neurasténico, pero en las masas oprimidas por las consecuencias de treinta años de tremendas derrotas, no existe ni siquiera la fuerza para sentir auténtica náusea, porque ésta se expresa en las exhalaciones miasmáticas del sindicalismo de empresa, del corporativismo y, en el plano político, del conciliacionismo social y del pacifismo impotente.

En tales condiciones de trágica devastación de las fuerzas de clase ¿qué hace el proletario consciente, el revolucionario serio, o sea, no diletante, no teatralista, o cegado por el anhelo veleitario de éxito inmediato y personal? Él comprende ante todo, aún rechinando los dientes de reprimida impaciencia por el lento y despiadado curso histórico, que la función del partido revolucionario, *en las condiciones actuales*, es la de tomar conciencia clara de la contrarrevolución imperante y de las causas objetivas del estancamiento social, de salvar de las dudas revisionistas el patrimonio teórico y crítico de la clase derrotada, de trabajar para la difusión de las concepciones revolucionarias y de desplegar una actividad razonable de proselitismo. Ante todo, el revolucionario no arlequinesco se da cuenta realísticamente de la relación de fuerzas entre las clases y teme, como la pérdida de la vista, el disipar las fuerzas del partido, fuerzas mínimas, fuerzas reducidas a un hilo organizativo, en operaciones enfocadas al activismo fanfarrón e inconcluyente, lanzado al desastre desmoralizante o al reblandecimiento oportunista.

¿Qué hacen en cambio los maniáticos del activismo pseudo-revolucionario? Tartarin de Tarascón pretendía cultivar en una maceta de geranio un baobab, o sea, el árbol más gigantesco de África. Nuestros tartarines, ansiosos de éxitos visibles, pretenden cultivar el movimiento revolucionario en el vaso de noche de un mal disimulado personalismo, que se contenta con cualquier formulilla táctica, no nueva y aprendida bestialmente de memoria en 40 años de vana militancia, que existencialmente desprecia todo encuadramiento teórico digno de consideración, que anhela desahogarse en una extravagancia efímera de iniciativas predestinadas a no servir para nada (revolucionario) y sí para el ridículo. Todo lo poco sano que saben lo han aprendido de textos, tesis y programas en los que nunca han colaborado, a pesar de la presunción crítica; su activismo es efectivamente... el activismo ajeno, porque se distinguen por resaltante pigracia mental y organizativa; tienen un aristocrático horror al humilde y oscuro trabajo para rehacer pacientemente la tela organizativa arrancada por el enemigo de clase; sueñan como muchachos con construir de hoy a mañana un partido revolucionario fuerte de decenas de diputados y senadores, en el parlamento, de consistente influencia en los sindicatos y de masas de afiliados, y si esto no acaece en el espacio de dos o tres años, se abalanzan al cuello de los dirigentes del movimiento, acusándoles de sostener «**la línea táctica**

equivocada» y montando asquerosas polémicas personalistas sobre eventuales «**errores fortuitos**» de la dirigencia, ya conocidos por el viejo Engels; gritan que el partido, que aún no ha desarrollado las piernas y los brazos, se pondrá a marchar por encanto como una panzer-division (división de tanques) en cuanto se envíen a la conquista de los organismos de fábrica a nuestros grupos de fábrica, para contar los efectivos de los cuales no hace falta una calculadora electrónica; pretenden, haciendo reír a los pollos y a las ocas, que los bloques imperialistas son idénticos por peso, forma y color como igual de viriles, y con esta bobada agotan el tan decantado análisis de la situación, que niegan a los demás saber hacer; se enchochecan finalmente con las mórbidas tentaciones que sobre viejas nalgas suscita la poltrona parlamentaria o de asesoría...

Todos los salmos activistas acaban en la gloria electoral. En la fecha de 1917, vimos el asqueroso fin de los super-activistas de la socialdemocracia: en decenios de

actividad empleados por entero a la conquista de escaños parlamentarios, de comisiones sindicales y de influencias políticas dieron un espectáculo de imparable activismo. Pero cuando sonó la hora de la insurrección armada contra el capitalismo se vio que sólo consiguió hacerlo un partido, el que menos que ningún otro había «**trabajado entre las grandes masas**» durante los años de preparación; que más que ninguno había trabajado en la puesta a punto de la teoría marxista. Se vio entonces que quien poseía una sólida preparación teórica marchaba contra el enemigo de clase, mientras que quien tenía un «**glorioso**» patrimonio de luchas, se empantanaba vergonzosamente y se pasaba al enemigo.

Vaya que si los conocemos a los maniáticos del activismo. A su lado, los charlatanes de feria son gentilhombres. Por eso sostenemos que existe un sólo medio para salvarse de su contagio: la clásica patada en el trasero.

ACTIVISMO

(De Battaglia Comunista, nº 7-1952)

Es necesario insistir sobre el vocablo. Como ciertas infecciones de la sangre, que son causa de multitud de enfermedades, no excluidas las curables en el manicomio, el activismo es una enfermedad del movimiento obrero que requiere tratamiento continuo.

El activismo pretende tener siempre un conocimiento exacto de las circunstancias de la lucha política, de estar «**a la altura de la situación**», pero es incapaz de realizar una valoración realista de las relaciones de fuerza, exagerando enormemente las posibilidades de los factores subjetivos de la lucha de clase.

Es pues natural que los afectados por el activismo reaccionen contra la crítica acusando a los adversarios de subvalorar los factores subjetivos de la lucha de clase y de reducir el determinismo histórico a aquel mecanicismo automático, que constituye además el ordinario argumento de la crítica burguesa del marxismo. Por eso hemos dicho en el punto 2 de la parte IV de la «*Base para la organización*»: «*En la justa acepción del determinismo histórico se considera que mientras el desarrollo del modo capitalista de producción en los países individualmente, y como difusión en toda la tierra procede sin descanso, o casi en el aspecto técnico, económico y social, las alternativas, por el contrario, de las fuerzas de clase en contraposición, se enlazan a las vicisitudes de la lucha histórica general, a las batallas vencidas y perdidas, y a los errores de método estratégico*». Esto equivale a decir que nosotros sostenemos que la fase de reanudación del movimiento obrero revolucionario no coincide únicamente con los impulsos provenientes de las contradicciones del desarrollo material, económico y social de la sociedad burguesa, la que puede atravesar períodos de gravísimas crisis, de contrastes violentos, de colapsos políticos, sin que por esto el movimiento obrero se radicalice sobre extremas posiciones revolucionarias. Es decir, no existe automatismo en el campo de las relaciones entre economía capitalista y partido proletario revolucionario.

Puede suceder, como sucede actualmente, que el mundo económico y social burgués esté envuelto por formidables sacudidas, que dan lugar a violentos

contrastos, sin que por esto el partido revolucionario tenga posibilidades de acrecentar su actividad, sin que las masas sometidas a la explotación más atroz y en la matanza fratricida consigan desenmascarar a los agentes oportunistas, que ligan su suerte a las contiendas del imperialismo, sin que la contrarrevolución afloje su férreo control sobre la clase dominada, sobre las masas de los desposeídos.

Diciendo: «*Existe una situación objetivamente revolucionaria, pero es deficiente el elemento subjetivo de la lucha de clase, el partido revolucionario*», se equivoca en todo momento el proceso histórico, siendo una grosera falta de sentido, un absurdo patente.

Es verdad por el contrario que en cualquier oleada, incluso la más peligrosa de la existencia de la dominación burguesa, incluso cuando parece que todo se para y que se dirige a su final, a su ruina: (la máquina estatal, la jerarquía social, el despliegue político burgués, los sindicatos, la máquina propagandista) la situación no será nunca revolucionaria, sino que será a todos los efectos contrarrevolucionaria, si el partido revolucionario de clase fuera deficitario, mal desarrollado, teóricamente tambaleante.

Una situación de crisis profunda de la sociedad burguesa es susceptible de desembocar en un movimiento de subversión revolucionario, cuando «*los estratos superiores no pueden vivir a la antigua usanza, y los estratos inferiores no quieren vivir a la antigua usanza*» (Lenin, El Extremismo), es decir cuando la clase dirigente no consigue ya hacer funcionar el propio mecanismo de represión, y la mayoría de los trabajadores haya «*comprendido plenamente la necesidad de la revolución*».

Pero semejante conciencia de los trabajadores no puede expresarse más que en el partido de clase, que en definitiva es el factor determinante de la transformación de la crisis burguesa en catástrofe revolucionaria de toda la sociedad.

Es necesario pues, para que la sociedad salga del «**mare magnum**» en el que ha caído, y que la clase dominante es incapaz de sanear, porque es incapaz de

descubrir las nuevas formas apropiadas para liberar las fuerzas productivas y encaminarlas hacia nuevos desarrollos, que, exista un órgano de pensamiento y de acción revolucionaria colectivo que canalice e ilumine la voluntad subversora de las masas.

El «**no querer vivir a la antigua usanza**» de las masas, la voluntad de luchar, el impulso a actuar contra el enemigo de clase, presuponen, en el ámbito de la vanguardia proletaria llamada a desarrollar la función de guía de las masas revolucionarias, la cristalización de una sólida teoría revolucionaria.

En el partido la conciencia precede a la acción, contrariamente a cuanto acontece en las masas y en los individuos.

Pero si se dicen estas cosas no nuevas, no actualizadas, ¿es porque se intenta cambiar al partido revolucionario por un cenáculo de estudiosos, de observadores teóricos de la realidad social? Jamás de los jamases. En la parte IV punto 7 de la «*Base para la organización*» 1952, se dice: «*El partido si bien poco numeroso y poco ligado a la masa del proletariado, si bien siempre celoso de la tarea teórica como tarea de primer plano, rechaza absolutamente ser considerado un cenáculo de pensadores y de simples estudiosos en busca de nuevas verdades, porque hayan perdido la verdad anterior considerándola insuficiente...*». ¡No puede ser más claro!

A la transformación de la crisis burguesa en guerra de clase y en revolución presupone el desmoronamiento objetivo del andamiaje social y político del capitalismo, pero no puede darse ni siquiera potencialmente si la mayoría de los trabajadores no es conquistada o influenciada por la teoría revolucionaria encarnada en el partido, teoría que no se improvisa en las barricadas. ¿Pero se destila quizás en los cerrados gabinetes de trabajo de estudiosos desligados de las masas?

A ésta estúpida acusación promovida por los energúmenos del activismo, se responde muy bien diciendo, que el infatigable y asiduo trabajo de defensa del patrimonio doctrinario y crítico del movimiento, la cotidiana fatiga de inmunización del movimiento contra los venenos del revisionismo, la explicación sistemática, a la luz del marxismo, de las más recientes formas de organización de la producción capitalista, el desenmascaramiento de las tentativas del oportunismo de presentar tales «**innovaciones**» como medidas anticapitalistas, etc., todo esto ES LUCHA, lucha contra el enemigo de clase, lucha para educar a la vanguardia revolucionaria, es si queréis, lucha activa, y sin embargo no activista.

¿Creéis vosotros seriamente que (mientras toda la gigantesca máquina burguesa está comprometida de la mañana a la noche no tanto, poned atención, a refutar la tesis revolucionaria, cuanto a demostrar que a las reivindicaciones socialistas se pueda llegar marchando contra Marx y contra Lenin, y cuando no sólo partidos políticos si no también gobiernos constituidos juran gobernar, es decir, oprimir a las masas, en nombre del comunismo) el áspero y fatigoso trabajo de restauración crítica de la teoría revolucionaria marxista, sea solamente un trabajo teórico?

¿Quién osaría decir que no es también un trabajo político, una lucha activa contra el enemigo de clase? Sólo quien esta poseído por demonios de la acción activista puede pensarlo.

El movimiento, aunque sea pobre de efectivos, que trabaja en el periódico, en reuniones, en

discusiones de fábrica, para liberar la teoría revolucionaria de las inauditas adulteraciones, de las contaminaciones oportunistas, cumple con esto un trabajo revolucionario, trabajo para la revolución proletaria.

No se puede decir en absoluto que nosotros concibamos la tarea del partido como una «**lucha de ideas**».

El totalitarismo, el capitalismo de Estado, el hundimiento de la revolución socialista en Rusia, no son «**ideas**» a las que nosotros contraponemos las nuestras: son fenómenos históricos reales, que han despedazado los riñones del movimiento proletario conduciéndolo sobre el terreno minado del partisanismo antifascista, filofascista, de la unión nacional, del pacifismo, etc...

Aquellos que, aunque sea en número restringido y fuera de clamores de la «**gran política**», conduzcan un trabajo de interpretación marxista de estos fenómenos reales, y de confirmación de las previsiones marxistas, no obstante ellos (y nos parece que un tratamiento serio de estos problemas no exista fuera de las fundamentales exposiciones de nuestro Prometeo, en particular del estudio «**Propiedad y Capital**») con seguridad hacen un trabajo revolucionario, porque fijan desde ahora el itinerario y el punto de llegada de la revolución proletaria.

La reanudación del movimiento revolucionario no necesita, para realizarse, la crisis del sistema capitalista, en cuanto eventualidad potencial; la crisis del modo de producción capitalista es una realidad, la burguesía ha experimentado todas las fases posibles de su curso histórico, el capitalismo de Estado y el imperialismo son el límite extremo de su evolución, pero las contradicciones fundamentales del sistema permanecen y se agudizan. La crisis del capitalismo no se transforma en crisis revolucionaria de la sociedad, en guerra de clase revolucionaria, la contrarrevolución sigue triunfante aunque aumenta el caos capitalista, porque el movimiento obrero esta todavía aplastado bajo el peso de las derrotas sufridas en treinta años por los errores de método estratégico cometidos por los partidos comunistas de la Tercera Internacional, errores que han conducido al proletariado a considerar suyas las armas de la contrarrevolución.

La reanudación del movimiento revolucionario no se verifica aún porque la burguesía, poniendo en práctica audaces reformas en la organización de la producción y del Estado (capitalismo de Estado, totalitarismo, etc.) ha sacudido enormemente, sembrando la duda y la confusión, no las bases teóricas y críticas del marxismo, que permanecen intactas e intocables, sino más bien la capacidad de las vanguardias proletarias para aplicarlas justamente en la interpretación de la actual fase burguesa.

En tales condiciones de extravío teórico, el trabajo de restauración del marxismo contra las deformaciones oportunistas, ¿es un mero trabajo intelectual?

No, es lucha sustancial y activa consecuente contra el enemigo de clase.

El activismo fanfarrón pretende hacer girar la rueda de la historia con giros de vals moviendo el culo sobre la sinfonía electoral.

Es una enfermedad infantil del comunismo, pero fermenta maravillosamente incluso en el asilo, donde vegetan los... jubilados del movimiento obrero.

Requiescant in pace...